

MALENKA
RAMOS

El asesino
de la máscara noh

Diseño de colección: Estudio Sandra Dios

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© Malenka Ramos, 2024
© Contraluz (GRUPO ANAYA, S. A.)
Madrid, 2024
Calle Valentín Beato, 21
28037 Madrid
www.contraluzeditorial.es

ISBN: 978-84-18945-92-2
Depósito legal: M. 1093-2024
Printed in Spain

El teatro *noh* es un drama lírico. Su origen se encuentra en las danzas rituales realizadas en los templos de Japón y se basa en textos budistas, poesía y mitología japonesa. Es fino y selecto y está dirigido a un público distinguido o de la alta sociedad. Sus actores usan máscaras y está dividido en cinco actos o piezas separadas por interludios.

«El viento ha amainado, el bote ha dejado el puerto, los cielos se aclaran y la tierra del exilio se aproxima tras las olas». (*Funa Benkei*, obra de teatro *noh* del autor Kanze Kojiro).

ACTO 1
MÁSCARAS

3 de noviembre, jueves

Había algo en el túnel que provocaba cierto terror. Andreu no podía precisar de qué se trataba, pero a lo largo de todos sus años como policía jamás había sentido ese miedo abisal impreciso y poco dado a salir, que le avisaba, que le advertía. De un salto bajó a las vías y avanzó con la linterna en la mano izquierda y la pistola en la derecha. Tras él, Lluç trataba de no tropezar mientras hacía crujir las piedrecillas del suelo a cada paso.

—Está al fondo.

El instinto le decía que no era buena idea estar allí; de hecho, solo una hora antes estaba a punto de meterse en uno de sus bares preferidos para acabar la noche como siempre hacía: solo, pero incluso ese era un plan mucho menos arriesgado y elocuente que la situación en la que se encontraba ahora.

Una mujer.

Había una mujer en un recodo del túnel, casi pegada a la húmeda pared. Estaba de rodillas y su extraño perfil se recortaba en la negrura. El cuerpo, inclinado sutilmente

hacia delante como si rezara; las manos, sobre las rodillas; la cabeza, baja y cubierta con una especie de capucha que solo dejaba asomar parte del rostro y la nariz. Lo sorprendente de todo es que estaba allí, bajo la plaza de Antoni Maura, en una estación cerrada, fantasma, que jamás se usó. Un proyecto, decían, que conectaba con la cámara acorazada del antiguo Banco de España, a donde llegaban trenes llenos de dinero. Lo gracioso de todo ese asunto es que no había túnel para llegar al banco, este estaba a veinticinco metros y las únicas escaleras que existían no daban a ningún lugar.

Ella estaba allí, arrodillada frente al arco abovedado de una antigua puerta cegada con ladrillo visto. Sobre el cadáver colgaban dos cables que en otro tiempo habían llevado algún tipo de electrificación. El olor a orín de gato, basura y humedad era cada vez más fuerte.

Andreu alzó la linterna. Uno de los haces de luz cayó sobre la figura y desveló una especie de sayo o capa cubriéndola por completo. Sus delgadas muñecas se veían con precisión, asomaban como palos informes bajo aquel hábito y sus largos dedos no se movían. Lluc se separó un poco de Andreu y ojeó la negrura del túnel buscando no sabía qué. Todo el decadente lugar de aquella vieja estación pareció convertirse en algo maligno que acechaba entre los recovecos más oscuros, esperando la ocasión para atacar. Entonces, Andreu frunció el ceño y, dando dos pasos más hacia la mujer, se inclinó un poco y murmuró:

—Es una máscara...

Sobre el rostro femenino, del que solo podía otear una mandíbula y unos labios amoratados, detectó una máscara-

ra blanca que cubría la nariz y el resto de la parte superior de la cara. La máscara tenía unos trazos a pincel rojos y negros, era la cara de un animal. Su frente se apoyaba contra la pared.

—Lluc, ven aquí.

Andreu se guardó la pistola, se puso unos guantes de látex y se inclinó sobre la mujer. Apartó despacio la capucha con la punta de dos de los dedos y una larga melena rubia culebreó sobre su espalda encorvada. Una máscara blanca, el rostro inexpresivo de lo que parecía un zorro con las orejas rojas, los ojos negros y varias líneas a ambos lados de las mejillas. De los lados colgaban dos tiras rojas con unas bolitas doradas en la punta.

—Oiga... —susurró, pero fue más una palabra cantada al vacío que un modo de llamar la atención de la mujer. Sus labios violáceos y la palidez de sus brazos le avisaban de que no estaba viva. Pero volvió a intentarlo; era extraño ver un cadáver de rodillas en aquella posición—. Señorita, ¿me escucha?

Lluc se movió detrás de él; no perdía de vista el siniestro túnel que tenían a un lado. La sensación de opresión tenía mucho que ver con la idea espeluznante de que algo diabólico y espantoso iba a salir de él.

—Andreu, esto no me gusta una mierda.

¿Por qué estaban allí? Porque a un maldito borracho se le había ocurrido perderse en aquella estación fantasma. Un borracho lo suficientemente cuerdo para salir espantado de allí cuando aquella silueta estática apareció ante sus ojos. Andreu apoyó dos dedos en la parte inferior de la máscara y, muy despacio, la levantó.

—Santo Dios...

La parte de la cara que cubría la máscara no estaba. Le habían arrancado la piel.

—No tiene... No tiene cara...

—¿Qué cojones estás diciendo? —Lluc ya iba hacia él. Andreu dio un paso atrás por puro instinto.

—Le falta la mitad de la cara.

Una rata gorda pasó zumbando por su izquierda y se perdió en la oscuridad de aquel túnel. Su larga cola trazó una especie de bamboleo loco cuando saltó a la vía y correteó hacia ningún lugar.

—Llama a la caballería, Lluc. Ahora.

Lluc estaba un par de metros más atrás y observaba con ojos de pájaro la silueta mortecina y siniestra de la mujer. Tenía el móvil apoyado en la oreja y la boca fruncida en una mueca extraña. Esperó unos segundos, se suponía que había llamado él, pero alguien le decía algo demasiado importante para mantenerlo en silencio.

—Hay otra más.

Andreu se volvió.

—¿Qué?

—En la estación abandonada de Correos. Hay otra chica muerta. Tengo a Moreno al teléfono.

Los ojos de su compañero se movieron de derecha a izquierda como si no supiese qué hacer. Desvió la vista hacia el túnel angosto y pareció escudriñar la oscuridad buscando algo en aquel pasadizo estrecho y maloliente. Moreno le decía algo y él se ponía cada vez más nervioso, cada vez más tenso. Andreu se apartó del cadáver. Las paredes correosas parecían atestadas de sombras pululantes

que los observaban desde la profundidad de toda aquella oscuridad. Trataba de desterrar esa sensación de pavor que se había apoderado de él, cuando su compañero se volvió y, mirándolo con una expresión extraña, dijo:

—Andreu, tenemos que irnos ya... El otro cadáver puede..., puede que sea alguien que tú conoces.

El comisario Moreno permanecía inmóvil en un extremo del viejo andén de la estación de Correos donde había aparecido la segunda víctima mientras las voces susurrantes de varios policías resonaban en sus oídos. Casi podía captar el latido del corazón de los agentes, el rítmico pulso que golpeaba las costillas haciendo un ruido de tambor, la sangre fluyendo veloz y todo aquel horror.

La mujer descansaba postrada de rodillas bajo un letrero publicitario correoso de los años setenta. Una pegatina desvaída y amarilla cubierta por una capa de polvo y porquería que apenas se podía leer. La máscara roja de nariz larga y puntiaguda apuntaba al frente como si marcara una dirección que seguir. Y mientras llegaban el juez y los forenses, él estaba allí contemplando aquella escena dantesca. Un último resuello, el olor a muerte, el sabor ácido en la boca que te obliga a dar un paso atrás. El asesino se tomó su tiempo, le había arrancado la cara. Sus ojos de canica miraban a través de la máscara, el pelo negro ondulado, los dos cascabeles colgando de las tiras rojas a ambos lados de un rostro que ya no está. Dos cuer-

nos retorciéndose en la frente, cuatro colmillos blancos saliendo de una boca monstruosa.

Roja. Toda roja. Roja y negra. Un demonio, quizá...
—Señor, ya están arriba.

Solo fue un instante. Levantó aquella máscara infernal y vio la piel enrojecida, los músculos sanguinolentos, la nariz medio devorada por la nada. Solo fue un instante y luego soltó la máscara y se apartó. El aire allí abajo era opresivo, era como si toda la maldad de aquel acto hubiese quedado flotando sobre sus cabezas, como si se pudiera palpar. Observó la imagen descolorida de un antiguo cartel electoral: «La voz de los sin voz», escrito en letras negras bajo un tipo gordo con bigote que debía de llevar más de treinta años muerto.

Andreu no tardaría en llegar y tendría que pararlo. Su impulsividad era algo que conocía muy bien, aunque había aprendido a lidiar con ello con el paso de los años.

Sobre su mano enguantada, Moreno ojeó la pequeña cartera de cuero que habían encontrado. Un carnet de identidad. Un nombre: Arlet Soler. Por un instante, percibió un movimiento sutil en la figura enlutada postrada de rodillas y sus ojos se desviaron hacia ella.

«Espero que no te enteraras de nada de lo que te hicieron, que no sufieras, que ya estuvieras muerta cuando te arrancaron la cara».

La voz de varios policías le devolvió a una realidad espantosa. Andreu corría por el túnel de metro hacia él. Dio varios pasos al frente alejándose de la mujer, de la máscara diabólica, del fantasmagórico tintineo de los cascabeles, que, por alguna invisible corriente de aire, empezaron a

sonar. Una mano se posó sobre su brazo y lo zarandeó. Andreu estaba sujeto por un agente que a duras penas podía con él. Alzó un poco el rostro, pero mantuvo la vista baja evitando el contacto visual con su amigo.

—¿Es ella? ¡Dime! ¿Es ella?

—Creemos que sí, pero... es imposible saberlo con seguridad. Hemos encontrado esto al lado. Esta es su documentación. Andreu...

Andreu le arrancó la cartera de las manos. Gracias a Dios, aún llevaba los guantes de látex puestos; ni siquiera se los quitó cuando salió de la otra estación.

—Es... —Sus ojos salvajes se movieron veloces ojeando el contenido—. Es su puta cartera...

Contrajo el rostro al observar la fotografía de carnet y quizá hubiese llorado si aún le quedara alguna lágrima, pero los años le habían hecho inmune a cierto dolor; incluso a ese...

Lo miró un instante. Por primera vez lo miró a los ojos.

—Vamos, Andreu. No puedes estar aquí...

Apoyó la mano en su hombro, pero Andreu se echó sobre él. Moreno lo agarró con fuerza, sabía que aquello podía pasar y estaba preparado, pero los ojos vidriosos de su compañero le devolvieron a una realidad deleznable.

—¡Mira su mano! ¡Dime si tiene un tatuaje en la puta mano! ¡Solo haz eso, Víctor! ¡Dime si lo tiene! ¡Es una puta mariposa! ¡Dime si tiene la puta mariposa en la mano derecha!

Víctor Moreno parpadeó dudoso y percibió la desesperación. Una desesperación que rozaba un posible arran-

que de locura. Se volvió despacio, mientras Andreu seguía preso por las garras de los agentes, y avanzó de nuevo hacia la mujer de rodillas. Se agachó frente a ella y ojeó sus manos pálidas y muertas.

—¿La tiene? ¡Dime si la tiene!

Se volvió y meneó la cabeza. No había ninguna mariposa. Andreu se escurrió hasta quedar de rodillas. Confusión, miedo. Apoyó las manos en el suelo y jadeó.

—No es ella... Joder, no es ella...

Víctor se sentó frente a su escritorio después de cerrar la puerta del despacho y los miró. Llevaban toda la noche trabajando a destajo, y no solo el departamento completo; Víctor había levantado a Joan Beril, un médico forense con el que tenía una estrecha amistad. De hecho, lo había conocido en unas jornadas sobre una de sus pasiones menos compartidas; grandes civilizaciones: la tierra entre los ríos, que era como llamaban los griegos a la región comprendida entre el Éufrates y el Tigris. Víctor era un apasionado de Mesopotamia y le daba vergüenza pedirle a alguno de sus amigos que fuera con él. Joan Beril estaba allí y una cosa llevo a la otra. Desde entonces le echaba una mano cuando él lo necesitaba. Víctor trataba de mandarle una cesta de Navidad cada veinticinco de diciembre y Joan siempre la rechazaba diciendo que su amistad no era corruptible.

A su alrededor, los sonidos de la inmensa oficina se distorsionaban y disminuían hasta parecer un eco lejano

e impreciso. Sus ojos, de un gris oscuro, parecían cansados. Varias hebras de pelo blanco comenzaban a salir entre aquel cabello negro azabache confiriéndole un aspecto interesante y formal.

—Tengo que sacarte del caso, Andreu. No puedo permitir que te lleves por delante la investigación. ¿Dónde está tu chica?

—No lo sé... Maldita sea..., ya no es mi chica. Hace seis meses que dejamos la relación.

Desechó la idea de interrogarle más. Andreu parecía colocado. Se había pasado dos horas desde que habían vuelto a comisaría tratando de hablar por teléfono con ella, deambulando de un lado a otro como un espectro. Hacía diez años que conocía a ese hombre y apenas sabía nada de su vida personal.

—Pues tenemos una cartera al lado de un cadáver y ya sabes lo que se suele pensar cuando te encuentras la documentación de alguien en la escena de un crimen; así que te agradecería que me pusieras al día sobre los hábitos de tu ex. O está involucrada o se la llevaron o... —suspiró, hizo una breve pausa y añadió—: o estaba muy cerca de la víctima y de quien haya hecho todo esto...

—Desde que lo dejamos, apenas tenemos contacto, joder...

Lluc hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Puede que la cartera se la robaran o...

El comisario le dirigió una mirada de conmiseración y Lluc decidió callarse.

—Trataré de dar con ella, iré hasta su casa. No me saques del caso, Víctor, te lo pido por favor. De momento,

solo tenemos una cartera y hace seis meses que no veo a esa mujer.

—Andreu...

—Te juro que solo haré unas preguntas y si hay algo raro me apartaré. No me meteré en problemas.

Víctor se limitó a sonreír. Si lo apartaba en ese momento del caso, de todos modos haría lo que le diera la gana. Quizá era más sensato mantenerlo junto a Lluc, al menos hasta que tuvieran claro el papel de su ex en todo aquello. Si dejaba que sus emociones personales afectaran al trabajo, corría el riesgo de volver a tener que dar la cara por él; de hecho, no era la primera vez que cubría a Andreu en alguno de sus arranques callejeros. Lo apuntó con el dedo.

—Ah, joder... Poneos con esto los dos de inmediato e informadme de todo. Y tú, Andreu..., aún no sabemos nada, trabajamos bajo suposiciones. Así que no perdamos los nervios y asegurémonos bien de cada paso que damos. Estás avisado.

Andreu se encogió de hombros.

—Dos mujeres —comenzó a decir Víctor mirando una carpetilla de cartón marrón que tenía delante—. Hasta que nos lleguen los resultados forenses no sabremos mucho más: dos mujeres de entre treinta y cincuenta años. No sabemos si tienen algo en común, si se conocían, es algo que tendremos que averiguar. Los técnicos han peinado los escenarios y el forense redactará un informe preliminar. Se están llevando los cuerpos al anatómico forense y veremos qué sacamos. Llamaré a un experto en folclore asiático, Santos, de la científica, cree que son más caras japonesas; su hijo es un apasionado de la cultura

japonesa y tiene una parecida colgada en la habitación. Puede que nos ayude a saber si tenemos a un asesino ritualista o a un puto perturbado que se aburre. Hasta que tengamos todos esos datos y el experto esté aquí, no haremos la reunión con el grupo. De momento, eso es todo. Localizad a todo el entorno de Arlet, Andreu, puede que haya cambiado desde que dejasteis la relación, pero conoces a sus amistades más cercanas. Dale a Lluc todo lo que tengas de ellas. Y, Lluc, ocúpate de eso con su ayuda.

Tras ellos, al otro lado de la mampara de cristal que separaba el despacho del avispero de puestos de trabajo, se oyó un pequeño follón. Alguien llamó a la puerta; era Max, un tipo anodino de gafas de pasta que siempre estaba ocupado con cosas banales e insignificantes cuando se le necesitaba.

—Señor, ha aparecido otro cuerpo. Un grafitero dio la voz de alarma. Se cuelan en los túneles y... Parece que hoy ha sido la noche elegida. Tenemos otro cadáver.

—¿Qué? ¿Otra mujer?

Andreu casi tiró la silla cuando se levantó. Podía fingir que no le importaba, que hacía seis meses que no sabía nada de ella, que no existía el más mínimo sentimiento y que podía trabajar sin problemas, pero habría mentido.

—No. No es una mujer. Es un hombre. Y también lleva una máscara.

★★★

La tercera víctima había aparecido en otra estación fantasma, la de Bordeta, que se proyectó para alargar la línea

que llegaba hasta Torrassa, pero que se cerró hacía más de cuarenta años. Era un túnel siniestro sin apenas luz con un apeadero desangelado y polvoriento lleno de ratas muertas y excrementos. La figura del hombre, postrado de rodillas como los otros cadáveres, estaba al final del apeadero, apoyado sutilmente contra un saliente. Lo más siniestro del asunto era que miraba hacia la otra pared, hacia los letreros publicitarios con el cuerpo ligeramente inclinado hacia delante, pero sin llegar a tocarla. Sus manos también descansaban sobre las rodillas como si fuera un penitente.

—¿Por qué no se caen...?

La voz aflautada de Lluc a su lado le hizo mirarlo un instante. Tenía los ojos muy abiertos y observaba la silueta como si no acabara de creerse que aquello estuviera allí. Andreu avanzó proyectando el haz de luz de la linterna sobre la espalda encorvada del cadáver y se acercó a su cara. La máscara era aún más espeluznante que las otras dos. Era blanca con dos cuernos largos dorados y dos colmillos del mismo color. Una hilera de dientes amarillos asomaba decorando una boca torcida y abierta de labios rojos. Las cavidades de los ojos eran grandes bajo la abultada frente y su sonrisa canina era tan exagerada que parecía dantesca.

—Joder...

Con sumo cuidado, acercó el bolígrafo a la máscara y la levantó un poco. Al hacerlo, los cascabeles que colgaban de las tiras tintinearón al mismo tiempo. Tampoco había piel. Bajo la careta inmunda, asomaba brillante la carne roja y húmeda de un rostro arrancado de cuajo. Andreu soltó la máscara y frunció el ceño.

—Lluc, ven aquí.

—No me apetece una mierda, amigo.

El hombre no llevaba ningún sayo o vestimenta ceremonial como los otros dos cadáveres. Un abrigo largo de lana negro coronaba su atuendo; estaba por el suelo, devorado por el polvo y los excrementos.

—¡Que vengas, joder!

Lluc avanzó por el apeadero con su linterna apuntando al techo y luego a las paredes.

—¿Qué?

Andreu apartó la solapa del abrigo con el bolígrafo y Lluc abrió la boca en una mueca muda.

—Lleva un puto alzacuellos...

—Es un sacerdote.

El bar Tábula estaba situado en el Raval y era uno de esos antros antiguos de más de cien años que aún conservaba la esencia clandestina de las licorerías de antaño. Mesas de madera, sofás de terciopelo, una barra de cuero tachonada... Todo a media luz para impedir que los borrachos huyeran.

Andreu pasó por delante del espigado camarero y se sentó junto a Lluc. Su compañero estaba pálido y sus ojos oscuros parecían perdidos en un vacío insondable. Lluc tenía treinta y un años y era un tipo alto y delgado con un sentido de la justicia bastante pronunciado. Cualquiera que lo viera diría que era guapo, aunque no era alguien que se preocupara por eso a primera vista. Y lleva-

ba poco tiempo con él, había pasado muchos años en Madrid y luego se había trasladado a la División de Investigación Criminal buscando, quizá, un poco más de alegría tras pasarse mucho tiempo detrás de un escritorio.

Al observar su expresión apática, se sintió algo avergonzado por obligarle a ir con él allí, solo quería animarlo, hablar un rato. Era evidente que allá abajo, en los túneles, había sentido pavor, la clase de terror que un novato sentía cuando estaba ante su primer cadáver, y para más colmo no era una muerte natural.

Él había visto su primer cadáver con ocho años, cuando se coló en una vieja iglesia en un pequeño pueblo en el que pasaba largos veranos con sus abuelos en el norte. Bajó a la cripta y se topó con el cadáver de un vagabundo que, posiblemente, había muerto por frío. Su cuerpo había sufrido una especie de momificación, pero aquella tarde no gritó y tampoco se asustó, porque el hombre le recordaba terriblemente a las momias de los reportajes que su padre veía en la televisión. Con el tiempo, leyó un montón de libros sobre el tema y descubrió que las temperaturas demasiado altas deshidrataban los cuerpos antes de que empezaran a funcionar las enzimas que daban lugar a aquella momificación. Pero en el caso de aquel vagabundo ocurría lo contrario; las temperaturas muy bajas inhibían la actividad de las bacterias, por eso muchos cuerpos encontrados bajo la nieve y el hielo podían durar así más de cuatro mil años. Andreu se obsesionó con aquel tema hasta el punto de acabar así: resolviendo crímenes. Aunque aquello no tenía nada que ver, tampoco la realidad tenía mucho que ver con la imagen infantil

que se formó en su mente con aquel vagabundo. La muerte a veces era salvaje, espantosa, y en aquellos túneles lo había vuelto a recordar...

—Oye, es normal que ese tipo de cosas impacten, Lluc. Sobre todo, si nunca has tenido delante un tipo de crimen de ese calado.

Lluc cogió la cerveza con aire ausente y soltó una especie de gruñido.

—Hay que estar muy loco para arrancarle la cara a una persona —dijo con voz queda—. Y no solo eso, colocas los cuerpos de un modo antinatural, como si pretendieras mantenerlos con vida o generar confusión; mal rollo... No sé... No voy a negarte que jamás me he topado con algo así, y gracias a Dios. Allí abajo... parecía que respiraras maldad... —Hizo una breve pausa—. Oye, ¿sabes algo de tu chica?

—No es mi chica —dijo Andreu con un leve tono de reprobación—. Y no. Todavía no he llamado a sus amigas. Es muy tarde y, después de todo, puede que sea mejor que lo hagáis vosotros. Ya has oído a Víctor... Tenía una copia de la llave de su apartamento, pero lógicamente ya no la conservo. Es la una de la mañana, poco puedo hacer ahora; iré hasta allí mañana a primera hora. Tengo la cabeza como un bombo.

—Sus caras... no estaban... ¿Por qué arrancarles la cara?

—No lo sé. Puede ser algo simbólico o simplemente se la arrancó sin más. Mañana sabremos más de este asunto cuando venga el experto en folclore japonés y yo logre, no sé, dar con algo que me diga que Arlet está bien.

Tiene un sentido de la fiesta algo distorsionado; cuando sale, que es en contadas ocasiones, y bebe un poco, pierde el norte. No sería la primera vez que se queda en casa de alguna conocida por no conducir. Pudo perder la puta cartera y esa chica encontrarla, no lo sé. Al menos es lo que quiero imaginar.

Lluc dio un trago a su cerveza y asintió despacio.

—¿Crees que volverá a matar?

Andreu se encogió de hombros.

—No tengo ni idea. Es bastante llamativo el hecho de que aparezcan el mismo día tres cuerpos, pero no sabemos si los mató a la vez...

—El borracho que se topó con una de las víctimas ni siquiera sabía lo que era; salió cagando hostias de allí, según el agente —comentó Lluc—. Son sitios aterradores, pero han encontrado botes de pintura en dos de las estaciones y un grafiti a medio hacer en Bordeta. Una de las llamadas fue la de un vecino que chocó con un crío histérico. Es difícil que demos con él. Ya sabemos que esos chicos a veces funcionan en grupo y entran en varios sitios la misma noche.

—El *rigor mortis* comienza a las tres horas de fallecer y llega a su cúspide a las doce horas. Los cuerpos estaban rígidos, y así es bastante difícil manipular los cadáveres, ya lo escuchaste. Hay nueve horas de margen... Además, estamos dando por hecho que es un solo asesino, pueden ser tres o qué sé yo... Ha sido un día de mierda.

Lluc se había pimplado la cerveza.

—Siempre pensé que estaba preparado para todo, ¿sabes?, pero tener delante un escenario así le hace replan-

tearse a uno si está preparado para que no le tiemble el pulso cuando más lo necesita. Deja que te cuente un pequeño secreto de mí, Andreu: no tengo tus agallas y hoy me he dado cuenta de ello.

—Han sido muchas horas, Lluc —continuó Andreu—. Nunca has trabajado en la calle. Es normal que no estés listo para ver ciertas cosas. Vamos, acabemos la cerveza y volvamos a casa. Descansaremos unas horas, o al menos lo intentaremos, y luego seguiremos con esta locura.

—Siento lo de tu chica.

—No es mi chica, es mi ex. Todo se arreglará...

★★★

Cuando se despidió de Lluc, se dirigió hacia Santa Caterina. Inicialmente, no tenía pensado pasar por allí, pero quería echar un vistazo. En lo más profundo de su fuero interno se imaginaba ver la ventana iluminada de su casa o alguna señal de que había estado allí. Arlet no tenía coche, nunca le había gustado conducir, tomaba el metro casi para todo. La floristería que regentaba estaba a muy poca distancia de su casa, así que la mayoría de las veces daba largos paseos por la ciudad. El día que la conoció estaba sentada en una butaca de una cafetería y sus rodillas asomaban bajo la falda. Leía una revista mientras tomaba un café. Andreu esperaba la cola para pedir junto a la barra y no podía apartar la vista de ella; era llamativa, pero, al mismo tiempo, no había nada excesivamente especial en ella. Quizá esa normalidad, esa belleza común,

el modo de mover el pelo apartándolo sutilmente por detrás de las orejas y sus rodillas desnudas..., eso fue lo que le llamó la atención. Dos años atrás, en aquel momento, parecían una eternidad. Y la había querido, pero nunca habló de ello. Luego estaba el trabajo; siempre era el trabajo. Arlet le echó más de una vez en cara que ella no era su prioridad. No mentía. No podía negar lo evidente. Lo abandonó, pero de aquel dolor no quedaba rastro ya, solo una tenue patina de resentimiento por lo que él podría haber hecho y no hizo. Suponía, quizá, que las cosas habrían salido de otra manera si hubiese apartado un poco su trabajo. Arlet nunca pidió nada radical, nada que no se pudiera hacer, un poco más de tiempo, un poco más de atención, un poco más de cariño, un poco más de todo...

Andreu observó la fachada, el segundo piso estaba a oscuras, como se esperaba, pero el portal estaba abierto, una costumbre muy común allí por culpa de los propietarios de los perros que salían a pasear muy tarde y dejaban la puerta abierta hasta regresar. Algo le impulsó a entrar y subir las escaleras que daban a su casa. Si no fuera tan tarde, habría llamado a la puerta de al lado, preguntaría si habían visto algo extraño, si Arlet recibía visitas, si habían notado algo fuera de lo normal esos últimos días, pero ni siquiera estaba seguro de si había desaparecido, así que tenía que esperar. Sintió cierto pavor cuando comprobó que la puerta estaba abierta; apenas era perceptible porque estaba muy entornada, pero no cerrada del todo. Puso una mueca, empujó con dos dedos despacio y la abrió.

—Mierda...

Arlet había hablado con autoridad el día que dio por concluida su relación. Después de plantarla dos veces seguidas el mismo día, le dijo claramente que se fuera a tomar por el culo con su trabajo. Un tono categórico en una mujer que jamás alzaba la voz. Sabía que no había marcha atrás y, para variar, él tampoco hizo mucho para remediarlo. En una ocasión, Víctor le preguntó por qué no hacía algo. Nunca compartió con nadie sus problemas personales, pero estaba claro que su jefe notaba que algo no iba bien. Nunca supo responderse a esa pregunta, ni siquiera cuando llegaba a casa y lo pensaba. Ya desde muy joven, todo lo dejaba pasar. Sus dudas en la infancia, su curiosidad por el sexo cuando fue haciéndose mayor, conflictos en el colegio que se convirtieron en peleas cuando llegó a una edad en la que se podía defender... Alguna vez se preguntó por qué nunca fue capaz de transmitir determinados conflictos morales a la gente: amigos, sus padres, algún colega con el que podía tener un poco más de confianza... Pero, en lugar de eso, volvía siempre a la posición de salida: lo dejaba pasar. Toda la actitud resolutiva, fría y decidida que poseía cuando trabajaba se distorsionaba cuando se trataba de su vida personal; una dejadez que iba en aumento, que no mejoraba, que tampoco trabajaba o trataba de arreglar. Comprender a las otras personas, sus sentimientos, era algo en lo que no se paraba a pensar. Creía que todos funcionaban como él, que daban importancia a lo mismo que él. Y con Arlet no fue diferente.

—¿Hola?

Pensó en ella durante las siguientes noches, pensó en ella cuando estaba trabajando o cuando paseaba por una

ciudad dormida al regresar a casa. Pensó en ella durante las horas sofocantes delante del escritorio relleno de expedientes. Pensó en su pelo rubio, en el modo de mover las manos cuando hablaba, en sus rodillas desnudas y en que le gustaba caminar descalza cuando estaba en casa. Pensó en todas esas cosas durante muchos meses hasta que una mañana decidió avanzar.

—¿Arlet?

El corazón le martilleó las costillas cuando vio su propio reflejo en el espejo del aparador. Echó mano a su pistola sin sacarla de la funda y avanzó por el angosto pasillo que daba al salón. Las persianas estaban bajadas, la oscuridad parecía más densa a medida que avanzaba. Por alguna razón, tenía la sensación de que no estaba solo, de que había alguien más allí con él. A través del cristal satinado de la puerta creyó detectar una silueta; una forma espigada y oscura que pareció desplazarse hacia un lado.

—Arlet, soy yo...

Abrió la puerta con cierta urgencia y entró en el salón convencido de que ella iba a estar allí, pero no había nadie. Oteó los muebles, la ventana, el pequeño aparador del rincón, la mesa, la puerta de la habitación entreabierta. Había una tenue luz que parpadeaba y provenía de ese cuarto.

—¡Arlet!

La luz titilante de la lámpara de la mesita se encendía y se apagaba sin parar. La bombilla parecía estar mal ajustada y, por lo que se intuía, Arlet se había ido dejándola encendida; algo normal dado su habitual despiste

para esas cosas. La cama estaba perfectamente hecha y no había nadie allí. Se acercó despacio ojeando todo el cuarto y la ajustó. A veces —con bastante frecuencia—, Arlet tenía ese tipo de despistes, pero con el tiempo se dio cuenta de que le gustaba. Llegó a pensar que era un modo de saber que en el fondo lo necesitaba, que era útil en aquella relación mucho más allá del sexo o las pocas horas que pasaba con ella compartiendo momentos como pareja. Porque podía estar allí y al mismo tiempo no estar. El hábito de apagar una luz encendida, recoger una cinta de pelo que se le había caído al suelo, cerrar una puerta, encontrar un prendedor que llevaba media hora buscando y que ella misma había dejado en el baño. Ser útil para Arlet, sentir que aportaba algo a una relación que a veces se le antojaba cuesta arriba o que simplemente no cuidaba porque, para variar, pensaba que no era necesario cuidar. Arlet solía decirle que parecía que no estaba allí, que apenas hacían cosas juntos, que tenía la sensación de que estaba con ella por estar y, en vez de pararse a pensar en todo aquello, hablar con ella o buscar un modo de solucionar sus inquietudes, lo dejaba pasar.

Se quedó mirando al vacío como si esperara algo. De pronto, algo le llamó la atención en el suelo: un papel doblado por la mitad. Estaba tirado en mitad de la habitación, entre la cama y el armario. Cogió el trozo de folio y lo abrió.

KITSUNE
TIENDA DE REGALOS

Tenía, además, una dirección en el barrio gótico y estaba escrito por alguien que no era ella; no era su letra.

Le invadió una súbita sensación desagradable. ¿Y si Arlet tenía algo que ver o sabía algo? ¿Y si vio algo que la aterró y la hizo huir de algún modo? No, era imposible, habría hablado con él. Pero ¿por qué sentía esa desazón? Mascarás japonesas... Era una posibilidad. Máscaras japonesas, una tienda de regalos, un nombre extraño... Estaba agotado y ni siquiera tenía que estar allí.

Se guardó el papel en el bolsillo del pantalón, cruzó la habitación y, después de echar un vistazo a toda la casa, salió y cerró la puerta muy despacio. Tenía que encontrarla, ser el primero en hablar con ella. Tenía que quitarse de encima esa sensación de congoja, esa continua necesidad de salvarla de todo, aunque no había sido capaz de salvar su relación, de salvar lo único que por aquel entonces estaba en sus manos.

—¿Dónde coño te has metido, Arlet?